

reto que había conservado hasta la madurez.

Sin embargo, nada concreto y positivo decía á la inocencia de María del Deseo hallazgo tan singular. Fué sorpresa, no espanto, lo que sintió. No buscó, al pronto, la explicación; algo recobrada del sobresalto, se bajó, recogió el medallón que se le había escapado de las manos, lo besó, lo guardó en el seno piadosamente, y arreglando las ropas de la difunta, se dispuso á arrodillarse y orar, cuando, en el umbral de la puerta, vió á su madre, de riguroso luto, llorosa, que venía, rosario al puño, á rezar y velar ella también, mientras no amanecía. Una idea cruzó por la imaginación de María del Deseo. ¡Qué idea! ¡qué sugestión del demonio! ¡qué relampago! ¡qué abismo! Un temblor de frío intenso la acompañaba... Se encaró la niña con la señora.

—¿Has perdido algo, mamá?

--¿Perder? ¿Por qué lo preguntas?

—¿No tenías tú un medallón... el retrato de mi padre?

Precipitadamente, la señora se registró el pecho.

—Aquí está... ¡Qué susto me diste!

María del Deseo se acercó á los cirios otra vez, y consideró el medallón, tirando de la cadena de oro que lo sujetaba al cuello de su madre. Luego lo dejó caer, y sus dedos tocaron, en el propio seno, el bulto del otro idéntico medallón.

—Ese medallón tuyo... ¿no tenía pelo? —articuló balbuceando.

—No... Tu pobre padre nunca quiso... Decía que entre marido y mujer era ridículo... Y además, como le habían salido canas... Pero, ¿qué tienes? —exclamó viendo vacilar á su hija. —¿Te pones mala? Vé y acuéstate, criatura... Yo velaré... No te aflijas así: ¡tu tía está en el cielo! ¡Era una santa! ¡Quién como ella!

María del Deseo no contestó. Cayó de rodillas, y escondiendo la cara entre las manos rompió á llorar en silencio, á hilo, apretando los labios para que el pasado no saliese por allí — el siniestro pasado, — y sintiendo que en su corazón se derrumbaba algo inmenso, cuyas ruinas la envolvían y la aplastaban contra la tierra por una eternidad.

## VI

## La enfermera

El enfermo exhaló una queja tristísima, revolviéndose en su cama trabajosamente, y la esposa, que reposaba en un sofá, en el gabinete contiguo á la alcoba, se incorporó de un salto y corrió solícita adonde la llamaba su deber.

El cuadro era interesante. Ella, con rastro de hermosura marchita por las vigiliás de la larga asistencia; morena, de negros ojos, rodeados de un halo obscuro, abrigados por la excitación

febril que la consumía—sosteniendo el cuerpo de él, ofreciéndole una cucharada de la poción que calmaba sus agudos dolores. Escena de familia, revelación de afectos sagrados, de los que persisten cuando desaparecen el atractivo físico y la ilusión, cebo eterno de la naturaleza al mortal... Sin duda pensó él algo semejante á esto, que se le ocurriría á un espectador contemplando el grupo, y así que hubo absorbido la cucharada, buscó con su mano descarnada y temblorosa la de ella, y al encontrarla, la acercó á los labios en un movimiento de conmovedora gratitud.

—¿Cómo te sientes ahora?—preguntó ella arreglando las almohadas á suaves golpecitos.

—Mejor... Hace un instante, no podía más...

¿Cuándo crees tú que Dios se compadecerá de mí?

—No digas eso, Federico,—murmuró con ahinco la enfermera.

—¡Bah!—insistió.— No te preocupes. Lo he oído con estos oídos. Te lo decía ayer el doctor ahí á la puerta, cuando me creíais amodorrado. Con modorra, se oye... Si me alegro, Juana mía. No me quites la única esperanza. Mientras más pronto se acabe este infierno... No; ¡perdón! Juana: me olvidaba de que á mi lado está un ángel... ¡Ah! ¡Pues si no fuera por tí!

Muy buena sería Juana, pero lo que es propiamente cara de ángel no la tenía. En su rostro se advertían, por el contrario, rasgos de cierta dureza, una crispación de las comisuras de los labios, algo sombrío en las precoces arrugas

de la frente y, sobre todo, en la mirada. Federico se enterneció al considerar el estrago de aquella belleza de mujer destruída en la lucha con el horrible mal.

—Juana...—balbuceó.— Me siento ahora un poco tranquilo. Sin duda has forzado la dosis del calmante... No te sobresaltes. ¡Si te lo agrada decerías! Escucha... Voy á aprovechar esta hora; tengo que decirte... Prométeme que me escucharás sin alterarte, Juana ..

—Federico: no hables; no te fatigues—respondió ella.—No pienses más que en tu salud. Los asuntos para después: cuando sanes del todo.

—¡Después!—repitió meditabundo el enfermo.— Su mirada vaga, turbia, se fijó en un punto imaginario del espacio; lejos, lejos... camino del *después* misterioso hacia donde le arrastraba implacable su destino.—Ahora—insistió.—Ahora ó nunca, Juana. No me hará daño, créelo. Estoy seguro de que, al contrario, me hará bien. ¡Si tú sospechas lo que pesa en el corazón un secreto! ¡Si supieses cómo abrumba eso de callar á todas horas!

—¿Un secreto?—contestó como un eco Juana, inmutándose.

—Por favor, querida... no te alarmes ya, ni te alborotes luego cuando te confiese... Prométeme que tendrás serenidad. Siéntate ahí; dame la mano. ¿No? ¡Como quieras...!

—¿Ves? Te cansas; déjalo, Federico,—porfío Juana agitada por imperceptible temblor, como si luchase consigo misma.

—Oye... Nadie mejor que yo conoce lo que le perjudica. Estoy cierto de que hasta para morir más resignado necesito espontanearme, acusarme... Juana: ahora no somos más que un pobre enfermo y la santa que le asiste. El último consuelo te pido; sé indulgente; dime por anticipado que me perdonarás.

—¡Te perdono... y calla, Federico! —profirió ella sordamente, en tono colérico á pesar suyo.

Él, realizando sobrehumano esfuerzo, se sentó en la cama, echando fuera el busto, inclinándose hacia su mujer en un transporte cariñoso y humilde. Era de esos enfermos afinados por el dolor, que dicen y hacen cosas tiernas y desgarradoras y se afanan en excitar los sentimientos de los que les rodean. La emoción profunda de Juana le animó; cruzando las manos con ferrosa súplica, rompió á hablar:

—Me perdonas, me perdonas... Es que no sabes; es que crees que se trata de alguna falta leve. Fué grave; soy muy culpable, y me atormenta pensar que te estoy robando, no sólo el tiempo y el trabajo que te cuesta cuidarme, sino otra cosa que vale más... Después de que lo sepas, ¿me querrás todavía? ¿No me abandonarás, dejándome que muera como un perro?

Juana se puso en pie de un brinco. El temblor nervioso de su cuerpo se acentuaba. Su voz era ronca, oscura, fúnebre, cuando dijo con aparente irónica frialdad:

—Ahórrate el trabajo de confesar. Estoy tan enterada casi como tú mismo.

El enfermo, sobrecogido, se dejó caer sobre

la almohada. Sus pupilas se vidriaron sin humedecerse; era el llanto seco, por decirlo así, de los organismos agotados.

—¡Estabas enterada!

—¿Pues qué creías? —repuso ella, lívida, apretando los dientes, apuñalándole con los ojos.

Federico se cubrió el rostro, aterrado. Acababa de desmoronársele dentro lo único que le sostenía. Creía en el amor de su enfermera; alentaba aún, gracias á tal convicción; y he aquí que las inflexiones de la voz, el gesto, la actitud de Juana acababan de arrebatárle, de súbito, esa divina creencia. El ódio se había transparentado en ellos tan sin rebozo, tan impetuoso en su revelación impensada, que la aguda sensación del peligro —del peligro latente, mal definido, acechador,—suprimió en aquel instante la noción del remordimiento y atajó la confesión en la garganta.

—Juana—suspiró,—ven, oye... Mira que no hubo nada. ¡Lo que iba á contarte eran unas tonterías...!

Ella se acercó. En los carbones por donde miraba brillaban ascuas: su ceño se fruncía trágicamente; las alas de su nariz palpitaban de furor. Nunca la había visto Federico así: y sin embargo, era una expresión que se adaptaba bien al carácter su fisonomía, ó mejor dicho, pantetizaba su fisonomía verdadera. El terror del enfermo paralizó hasta su lengua. Por instinto pueril quiso ocultarse bajo la sábana.

—No te escondas—articuló ella despreciativamente, pisoteándole con el acento.—Mira que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIB. INT. UNIV. T. RE  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEX.

si te veo tan miedoso, me re-i-ré de ti. ¿Comprendes? Me re-i-ré. ¡Y es lo único que le faltaba á mi venganza para consumarse! ¡Reir! ¡La risa! ¡Oh! ¡Cómo te aborrezco! Ya no callo mas...

Federico la miraba extraviado, loco. ¿Tendría pesadilla? ¿Era ya la muerte, la fea muerte, la condenación, el castigo de ultratumba? ¿Era la forma que tomaba, para torturarle, su conciencia de pecador?

—¡Juana! —tartamudeó. — ¿Estoy soñando? ¿Venganza? ¿Me aborreces?

Ella se aproximó más; acercó su boca á la cara de Federico, y como filtrándole las palabras al través de la piel, repitió:

—Te aborrezco. Me creíste oveja. Soy fiera, fiera; oveja no. Me ofendiste, me vendiste, me ultrajaste, torturaste mi alma, me enloqueciste, me alimentaste con ajeno y con hiel,—y ni aun te tomaste el trabajo de reconocer que mi juventud se marchitaba y se ajaba mi hermosura y se torcía mi alma, antes confiada y generosa! Y cuando te sentiste herido de muerte—de muerte, sí, y pronta; ¡lo has acertado...!—entonces me llamaste: «Juana, á servirme de enfermera... Juana, á darme la poción...»

—¡Y lo hiciste de un modo sublime, Juana! —sollozó él.—¡Y fuiste una mártir á mi cabeza! ¡No lo niegues, querida mía! ¡Perdónamel!

Juana soltó la carcajada. Era su reír un acceso nervioso; asemejábase á una convulsión, que retorció sus fibras.

—¡Sí que lo hice!—repitió por fin, dominándose con energía tremenda.—¡Sí que lo hice! ¡Va-

ya si te dí la poción! Cada día te dí la poción... ¡que más daño te hiciese! ¡Aquella y no otra! ¡Ah! ¡No lo sospechabas? ¡Tú sí que has sido engañado! ¡Tú sí! ¡Tú sí!

Oyéronse toquecitos en la puerta. La voz respetuosa de un criado anunció:

—El señor Doctor.

Y entró el joven médico, guanteado, afeitado, afable, preguntando desde el umbral:

—¿Cómo sigue el enfermo? ¿Y la incomparable enfermera?

## VII

## La reja

Sor Casilda alzó el pálido rostro, que sonroseaba una emoción repentina, y contestó á la tornera:

—Voy, voy ahora mismo.

La llamaban á la reja baja; estaba allí su primo Luis—casi su hermano,—que deseaba verla; era el generoso bienhechor del convento, el que no hacía dos meses había contribuído espléndidamente para reparar la torre de la iglesia, que amenazaba ruína, y las contadas veces que venía á hablar con Sor Casilda, se le permitía que conversasen sin tasa de tiempo ni vigilancia de oído.